

DISCURSO

Que para reseñar las fiestas con que se celebró la Coronación de Nuestra Señora de Guadalupe, leyó el Ingeniero de Minas Santiago Ramírez, en la Velada Literaria verificada en el Patio Principal del Instituto Científico de México el 31 de Octubre de 1896, para celebrar el primer aniversario de esta solemnidad.

Señores Ilustrísimos.¹

Señores:



o es necesario apelar á los recuerdos, cuando están vivas las impresiones.

Tampoco hay necesidad de volver la mirada hacia el pasado, para contemplar los hechos, que están constituyendo, y por decirlo así, caracterizando el presente.

Y es poco lógico, y hasta cierto pun-

¹ Los Obispos de San Luis, Tabasco, Chilapa y Campeche; pues el señor Arzobispo de México se retiró por enfermedad antes de la lectura de este Discurso.

to insensato acudir á las fuentes de la historia, para descubrir los sucesos que se están realizando ante la vista.

Diríjase ésta, enhorabuena, al abismo sin fondo del pasado, para encontrar en él los acontecimientos comunes que son arrebatados por el impetuoso torbellino del tiempo que se precipita en su marcha siempre inalterable.

Evóquense, si se quiere, los recuerdos que se conservan en la memoria, cuando en el corazón están ya secas las fibras del sentimiento.

Revuélvanse, si no se puede otra cosa, los archivos de la historia, para exhumar lo que en su seno ha sepultado el olvido.

Mas para los hechos excepcionales y grandiosos, magníficos y sublimes, sobrehumanos y divinos, como el que tuvo la dicha de contemplar nuestra generación privilegiada, en la falda de una colina venturosa; cuya significación es tan profunda que da la clave para explicar muchos misterios; cuya importancia es tan alta que puede formar el carácter de distinción de todo un pueblo; cuya trascendencia es tan grande que alcanzará hasta la última de las ge-

neraciones del porvenir; cuya influencia es tan decisiva que basta para immortalizar á todo un Siglo, y cuyo primer aniversario reúne hoy millares de corazones creyentes en esta solemnidad que se realiza, girando sobre el eje cuyos polos están constituidos por el sentimiento patrio y el sentimiento religioso, para estos actos, repito, no hay necesidad de esos recursos: basta extender la mano para descubrirlos y abrir los ojos para contemplarlos.

Estas verdades, que ante la lógica más severa se presentan como indiscutibles, y sobre el criterio más apasionado pesan con la evidencia de los axiomas, obraron en mi ánimo al sentirme abrumado por el peso de una honra tan alta como inmerecida, que abriéndome el paso á esta respetable Tribuna, me impuso el deber de reseñar en ella las fiestas suntuosísimas, inolvidables y grandiosas con que un pueblo patriota, un pueblo entusiasta, un pueblo agradecido, un pueblo creyente, celebró el acontecimiento venturoso y tan ardentemente deseado de la Coronación de Nuestra tierna Madre, de nuestra excelsa Patrona, de Nuestra Augusta Rei-

na, Santa María de Guadalupe, en su maravillosa Imagen, milagrosamente aparecida en la cima del Tepeyac, el memorable mes de Diciembre de 1531.

Misión es ésta, Señores, que no sé cómo voy á desempeñar, porque no sé cómo se pueda definir: pues para el corazón es un desahogo, exigido por el sentimiento, y para la inteligencia es un trabajo que no puede expresarse más que por el contrasentido aparente que resulta de dos términos opuestos: es infinitamente difícil, á la vez que infinitamente fácil.

Lo primero, porque el asunto que constituye su esencia, trae consigo todos los atributos de lo sobrehumano y lo divino; y las palabras—según la expresiva frase de un pensador digno de estima—no pueden expresar más que los términos medios de los afectos humanos; y lo segundo, porque basta levantar el velo que momentáneamente cubre el cuadro, para que las figuras se presenten; porque basta extender la mano para que los objetos se distingan; porque basta tocar el corazón para que el sentimiento se desborde.

Las palabras dulces que entre las armonías celestiales vibraron en el cerro del Tepeyac con sus encantadoras melodías en los oídos del venturoso Juan Diego, y en los salones del Palacio Episcopal brotaron de los labios de éste, para herir el corazón del inmortal Zumárraga, fueron conservadas como en misterioso fonógrafo en el seno de nuestro católico pueblo; y año por año, y aún pudiéramos decir, instante por instante, ha venido dejándose escuchar en los oídos y en el corazón de todos los mexicanos; quienes reuniendo sus esfuerzos para realizar los deseos en esas palabras expresados, se apresuraron á elegir un templo en el que, en los años primeros de nuestra niñez apacible y tranquila, rendimos nuestros homenajes á nuestra Madre bendita, salpicados con las candentes lágrimas con que el fervor Guadalupano empapaba los ojos del ídolo de nuestro corazón.

De aquellos deseos, casi en su totalidad realizados, brotó el no menos justificado y piadoso de ceñir la frente de nuestra venerada Reina con áurea corona; pero Dios, en sus inescrutables designios, negó esta dicha á las generaciones

de entonces, para favorecer con ella á la generación que va pasando.

Descansa ya en el seno de la tumba el Pastor ilustre, el Prelado insigne, el Príncipe esclarecido, el Metropolitano eminente, el Ilmo. Arzobispo D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, en cuyo corazón Guadalupano el fuego sacro de inspiración divina hizo revivir este pensamiento que, llevado al Solio Pontificio por su elevada autoridad y la de dos de sus dignos hermanos en el Episcopado, obtuvo la sanción necesaria para realizarse.

Al lado de estas figuras eminentes, distinguidas y veneradas, se encontraba otra, que en el interesantísimo cuadro que tenemos á la vista, está con ellas ocupando el primer término.

No me es dado, Señores, pronunciar su nombre, porque me lo estorba su vida, que pido á Dios conserve muchos años; pero tampoco tengo necesidad de pronunciarlo, porque á cada uno de vosotros se lo ha dicho ya un latido del corazón. Mas ya que por la regla de conducta de no elogiar á los hombres sino á la orilla del sepulcro, no me es posible tributarle el homenaje de mis ala-

banzas, le tributaré el homenaje de mi silencio.

Este atleta del movimiento, este gigante de la acción, este titán de prodigiosa fuerza y vigorosa pujanza, que para abrirse paso en el camino de su ideal sagrado desgajó las montañas y cegó los mares con los fragmentos de sus rocas, acometió la empresa, en el sentir de muchos irrealizable, de llevarla al terreno de la práctica para obtener su más completa realización.

Poniendo en acción esos recursos irresistibles y eficaces de que sólo puede disponer el genio, condensó los suspiros de todos los pechos, recogió las lágrimas de todos los ojos, uniformó las súplicas de todos los labios, atesoró los latidos de todos los corazones, dió forma á las aspiraciones de todos los deseos y se hizo eco de todas las voces; y acumulando sobre firmísimo terreno ese conjunto prodigioso, contingente ministrado por numerosas series de generaciones, articuló en él, como en su natural punto de apoyo, esa palanca de irresistible potencia, que con la robusta voz de los principios científicos, solicitaba el esclarecido sabio de Si-

racusa para poner en movimiento el mundo.

No es propio de este lugar, ni de estas circunstancias, ni de esta Tribuna, detallar esa década de trabajos y de fatigas, de contrariedades y de luchas, de tribulación y de amargura, de esfuerzos y de sacrificios, que caracterizaron una existencia privilegiada, reservada sin duda para grandes fines: todo esto aquí en la Tierra está ya consignado en el libro de la Historia, y allá en el Cielo está ya inscrito en el libro de la vida; y pasando sobre ese diluvio de inquietudes, de esperanzas, de sobresalto, de temor, de ansiedad y de congojas, nos detendremos, como la Paloma de Noé, en la arca bendita que guarda la bendita fecha del 30 de Septiembre de 1895.

A las cuatro y media de la mañana de ese día memorable, nuestro distinguido compatriota, el eminente Guadalupeño á quien la gratitud más justificada nos pone en estos instantes á la vista, se prosternó á los pies de la Sagrada Imagen, que se conservaba en el templo de Capuchinas, para decirle á su nombre y al nuestro, con voz humilde y respetuosa, que robusta y sonora

había llevado la persuasión á todo un mundo: Madre, aquí está tu hogar, ven á embellecerlo con tu ternura; Reina, aquí está tu Palacio, ven á ejercer en él tu dominio; en él está ya tu Trono; ven á ocuparlo, para presidir desde él la consagración del templo que quisiste se te erigiera, y ceñir la corona que te tiene preparada el amor sin límites de tus hijos los Mexicanos. Y en respetuosa, sencilla y respetable procesión, fué trasladada la Sagrada Imagen á su nuevo templo, siete años, siete meses y siete días después que fué retirada del antiguo, para proceder á su restauración.

Con este memorable día pasó el mes de Septiembre para ceder su puesto al venturoso mes de Octubre; cuyos instantes con ser tan numerosos, fueron insuficientes para contener tantas emociones; y nuestro Ilustre Metropolitano, asociado al Ilmo. Sr. Arzobispo de Michoacán y á los Ilmos. Sres. Obispos de Cuernavaca, Saltillo, Tehuantepec, Tepic, Colima, Chilapa, Chihuahua, Querétaro, Zacatecas y León, consagró con toda la solemnidad del Rito el templo y sus doce altares, en los que por primera vez se inmoló la Augusta Ví-

tima del Calvario en el incruento sacrificio.

Las puertas de este grandioso templo, en que todas las bellezas del arte por mano maestra se han acumulado para prestar su contingente á los fervores de la devoción, que durante ocho años estuvieron cerradas para el culto, de par en par se abrieron á los fieles, que inmediatamente llenaron sus naves; y con un « Madre mía » sublime y tierno, expresión sincera del sentimiento de donde brota, saludó á la Madre de México en los momentos en que fué descubierta su bendita Imagen, en la que quedaron clavados todos los ojos, todos los corazones y todas las voluntades.

Organizadas con la debida oportunidad las peregrinaciones que habían de preparar el Novenario de la deseada solemnidad, tocó abrir la marcha á la Diócesis de San Luis Potosí, cuyos católicos hijos con tanta liberalidad contribuyeron para los gastos de este nuevo templo; cuyas virtuosas damas ofrecieron las primeras joyas para la corona, y cuyo ilustre Pastor ocupa un lugar tan distinguido en nuestro Episcopado.

La ausencia de este respetable Prela-

do no fué parte para impedir que la peregrinación de su Diócesis tuviera el esplendor que correspondía á su importancia; pues desde el lecho del dolor en que su enfermedad lo tenía postrado en tierra extranjera, envió en los latidos de su corazón la expresión de sus deseos, que transformados en órdenes por la docilidad de sus representantes, fueron á la vez transformadas en deseos por sus piadosas ovejas, que supieron darle el brillo que todos aplaudimos, al impulso de su fervor Guadalupano.

La Diócesis de Chiapas, cuyos piadosos peregrinos, encendidos en el fervor de su Apostólico Prelado, hicieron el camino á pie en su mayor parte; las de Zacatecas y Yucatán, presididas por el Obispo de la primera, ese digno hijo de San Francisco de Asís, adornado con las virtudes de su Seráfico Padre; la de Puebla, cuya sociedad, eminentemente Religiosa, envuelta hoy en los crespones de su luto, llora á su venerable Pastor, que lleno de días y cargado de merecimientos acaba de perderse en el sepulcro; la Arquidiócesis de Durango, cuyo dignísimo Arzobispo ofreció el incruento sacrificio; la de Linares, que por más

de un motivo tuvo y tiene que lamentar la ausencia de su digno Prelado en los momentos de la organización; la de Oaxaca, cuyo diligente Arzobispo celebró de Pontifical con toda la magnificencia del culto católico; la de Guadalajara, que disfruta la honra de tener á su cabeza al ilustre decano de nuestro Episcopado, tan respetable por su virtud como por sus años, y quien con fecha 24 de Septiembre de 1886 elevó las preces que determinaron la Coronación, en unión de nuestro Metropolitano y el Ilmo. Señor Arzobispo de Michoacán, cuya Arquidiócesis cerró con llave de oro este brillante Novenario, siguieron y terminaron esta preparación solemne para tan solemne ceremonia.

Llegó por fin el memorable 12 de Octubre de 1895; ese día venturoso y solemnísimos, por tanto tiempo y tan justamente deseado, que escrito con caracteres de diamante en nuestros anales religiosos, vino á ser el foco de poderosísima lente en el que se reunieron los rayos de luz que permitieron ver los sentimientos de todas las almas y los rayos de calor con cuyo fuego se inflamaron todos los corazones.

Asistamos, señores, al momento solemne en que en presencia de los esclarecidos Príncipes de la Iglesia católica y de los venturosos hijos de México, se repitió en nuestro suelo privilegiado la grande, la sublime, la majestuosa y significativa ceremonia que tuvo lugar allá en el Cielo, el día en que nuestra Excelsa Madre, rompiendo las ligaduras que la retuvieron en la Tierra, fué coronada como Reina de los Ángeles y de los hombres, en presencia de los celestiales espíritus y de las Tres Augustas Personas de la Augusta Trinidad.....

Pero aquí debería sellar mis labios; dejar que mi corazón despedazado, y en un fuego, que no es el fuego material, fundido, se desbordara al pie de esta Tribuna, en la que vuestra benévola atención me favorece..... reemplazar mis palabras por mis suspiros, y prescindir de hablar de una ceremonia que no podrían describir ni los serafines, pues estos, tocando con sus frentes el polvo, trocarían en himnos de amor las palabras que se les presentaran para narrarla; y la pluma que se les diera para describirla se fundiría por ese mismo amor entre sus manos.

El pavimento de nuestra suntuosa Basílica se halla tapizado por una alfombra viviente, formada por millares de católicos, cuya vida está concentrada en sus corazones, pues hasta la respiración se ha suspendido..... las ceremonias ya no se contemplan... los cantos ya no se escuchan..... los labios ya no se mueven..... las plegarias ya no se formulan.....

A nuestro respetable Metropolitano cupo la dicha de representar en esta ceremonia solemnísimamente al Representante de Jesucristo; y al Ilmo. Arzobispo de Michoacán correspondió la honra de representar en ella á nuestro Episcopado.

Los dos ilustres, respetables, virtuosos y afortunados Pastores, despojados de sus áureas capas, con sus albas tan blancas como la pureza, se acercan al altar, y ocultándose tras él para dirigirse al punto que su elevadísima misión les designa, aparecen un momento después sobre la plataforma en que la corona descansa, y se postran á las plantas de la sagrada Imagen cuya frente van á coronar.

Nuestro Metropolitano querido, dejando escapar algo de la emoción que

su pecho ya no puede contener, impulsado por la ternura que inunda su corazón de hijo, deseoso de rendirle un homenaje de filial respeto, cautivado por aquel conjunto de belleza, de gracia, de santidad y de amor que tiene delante, escucha un dulce «acércate,» salido de los divinos labios, recibe una inspiración sobrenatural y disfruta la dicha suprema de imprimir sus labios en ardiente y fervoroso beso en la Imagen sagrada de María.

Gracias, Pastor ilustre, gracias os damos desde el fondo de nuestros corazones por ese beso en que por vos y por vuestras ovejas tuvisteis la dicha de santificar vuestros labios.

Porque ese beso — permitidme que en estas circunstancias os repita lo que en otra ocasión y bajo otra forma os dije — fué el arranque más expresivo de la piedad filial; ese beso fué el testimonio más irrecusable de vuestro amor; ese beso fué la manifestación más elocuente de vuestra creencia; ese beso fué el lazo de unión con que á la protección de vuestra Santa Pastora ligásteis á vuestras dóciles ovejas.

Pero ese beso, Señor, no es sólo vues-

tro, es de todos nosotros; es la expresión genuina de nuestros propios sentimientos, la manifestación explícita de nuestra ternura, el homenaje rendido de nuestra adoración, la aspiración común de nuestras almas.

Por eso deslumbró como el relámpago tantos millares de ojos, que comenzaban á humedecerse; por eso encendió los espíritus como la chispa eléctrica al encontrar establecido el circuito; por eso conmovió todos los corazones, que ya no cabían dentro del pecho, y que se hacían pedazos al impulso de un mismo sentimiento.....

Los Ilmos. Prelados se postran de nuevo emocionados, fervorosos y reverentes..... al levantarse toman la corona entre sus unguidas y convulsas manos, y lenta, y devota, y majestuosamente la colocan, hasta la altura de la cabeza de la Imagen, que dulcemente parece inclinarse para recibirla.....

De cada uno de los puntos de esa espléndida corona sale un hilo invisible y misterioso, que comunica con cada uno de los millares de corazones, en los que, como retacado explosivo en el seno de la roca, se aprisiona el amor guada-

lupano, pronto á estallar en el pecho de aquella multitud apiñada, que inmóvil, sin aliento, sin acción y sin vida, se halla algunos grados sobre la Tierra, porque ese bendito lugar está trasformado en un Cielo.....

La corona tocó al fin la Sagrada cabeza, y á tan divino contacto la comunicación quedó establecida.... los encumbrados Príncipes de la Iglesia que en ella la han colocado, son los primeros en sentir el efecto del choque, y caen heridos por la chispa de una emoción sobrehumana; la corriente eléctrica, conducida por aquellos hilos invisibles, se transmitió á aquellos emocionados corazones; y el amor que en ellos se encerraba, al impulso de ese fuego celestial, nunca como entonces sentido, hizo explosión en un « Viva » agudo, penetrante, enérgico, atronador, indefinible, que empapado en lágrimas, acompañado de aplausos, impregnado de suspiros, armonizado por los sollozos y confundido con los cantares angélicos, conmovió la atmósfera.... hizo palpar los muros.... estremecer las bóvedas..... sentir á los objetos inanimados..... y llevando sus ondas sonoras hasta las plantas de Ma-

ría, llevó á sus oídos elementes, conmoviendo su corazón maternal, esta salutación candente, tierna, expresiva y amorosa: « Salve, Augusta Reina de los mexicanos! »..... Madre de los mexicanos, salva á tu Pueblo! Viva nuestra Reina, Viva nuestra Protectora, Viva nuestra Madre!.....

Ah, señores.... lo que pasó en aquellos instantes supremos.... lo he dicho una vez con el acento de la convicción, y permitidme que con el acento de la convicción lo repita.

Nuestra tierna y bondadosa Madre bajó del Cielo para recibir nuestro homenaje, pues sólo por su divino contacto se explica lo que sintió el corazón, que sin tener nada de humano fué verdaderamente divino.

Vino, por una Aparición nueva, á tomar posesión del templo que la piedad y el amor de sus hijos le han erigido, y á ceñir la corona que el Vicario de Jesucristo le ha decretado.

Por eso lo que entonces vimos fué un trasunto de la Bienaventuranza, que es una Eternidad feliz; por eso dije para comenzar, y repito para concluir, que ese suceso memorable no pertenece ni

puede pertenecer al pasado ; pertenece, sí, y siempre seguirá perteneciendo al presente : porque en la Eternidad no se tienen nociones del pasado ; porque en la Eternidad no hay sucesión de instantes ; y porque la Eternidad, según la exacta definición de la única autoridad competente para definirla, es la posesión feliz y simultánea de una vida interminable.

Con razón los autorizados Príncipes de la Iglesia, así nacionales como extranjeros, depusieron ante sus plantas las significativas insignias de su elevada dignidad, recibiendo la luz para derramar la doctrina, y la fortaleza para apacentar á sus rebañios.

Con razón las Diócesis de Querétaro, León, Tulancingo, Veracruz, Cuernavaca, Tehuantepec y Chilapa le trajeron en fervorosas Peregrinaciones el tributo de sus homenajes.

Con razón esta última, cuyo Pastor es una de las más ricas joyas que lucen en la Episcopal Corona de nuestra Iglesia, puso en sus manos un cetro de oro, como emblema de su Soberanía.

Con razón nuestros floridos vergeles se despojaron de sus más exquisitas flo-

res para tapizar el pavimento y perfumar la atmósfera de su Santuario.

Con razón todos los fieles, representados por sus Parroquias, y las diversas Ordenes Regulares, y las Asociaciones Católicas, y las damas que sostienen en el hogar el culto y el amor de María, vinieron á desfilarse ante su trono, y á elevarle sus preces, y á exponerle sus necesidades, y á mezclar sus lágrimas con el polvo de su pavimento.

Con razón las lumbreras de nuestro Púlpito, derramando los tesoros de la divina palabra, elevaron á tan considerable altura el amor á María.

Con razón en todos los Estados, y en todas las Capitales, y en todas las poblaciones, y hasta en la modesta capilla de la aldea más humilde se ha solemnizado tan plausible acontecimiento.

Con razón más allá de nuestras fronteras está fermentando el pensamiento de declarar á nuestra coronada Reina, Patrona Universal de las Américas.

Con razón el sentimiento Guadalupano, encontrando reducido el templo para extenderse, ha invadido con sus corrientes la Academia ; y conservando con religiosa solicitud las impresiones reci-

bidas al pie del Púlpito, fué hace un año, y viene hoy á agruparse al rededor de la Tribuna.

Con razón, en fin, el tiempo que transcurre sobre este suceso extraordinario, lejos de ser el huracán violento que en su impetuosidad tienda á destruirlo, es el viento suave, que en refrigerante corriente le ministra el oxígeno para alimentarlo.

Señores! la clásica solemnidad en que nos encontramos reunidos, no es una vana ceremonia capaz de confundirse con las frívolas solemnidades profanas: tiene un objeto elevado y noble, justificado y debido, significativo y sagrado, que comprende la inteligencia, que siente el corazón y llena el alma.

Venimos, en efecto, Madre mía, á tributarte una vez más y bajo nueva forma, el homenaje de nuestro amor, de nuestro respeto, de nuestra veneración y de nuestra ternura.

Venimos á ratificarnos en la bendita creencia del milagro que nos hiciste y del beneficio que nos otorgaste, que hace la ventura de nuestro corazón y constituye la esencia de nuestro ser; pues nuestras cristianas madres nos la incul-

caron y nos la transmitieron con la leche de su casto seno, con los besos de sus amorosos labios, con los suspiros de su amante pecho y con las lágrimas de sus expresivos ojos.

Venimos á colocar á tus plantas el corazón, inundado en gratitud por tan extraordinario beneficio; pues no somos de aquellos beneficiados desleales ó indignos, que niegan la deuda porque no tienen con qué pagarla.

Venimos á protestar con toda la fuerza de nuestra convicción herida y nuestro sentimiento lastimado, contra los ataques que te han dirigido los esclavos del asqueroso reptil, cuyo poder con tu Omnipotencia suplicante has destruido, y cuya cabeza con tu pie virginal has quebrantado.

Venimos á renovar el juramento de nuestros mayores: y en presencia de los esclarecidos Príncipes de la Iglesia de tu Hijo divino; y en presencia de los autorizados Ministros de sus altares; y en presencia de la parte más distinguida de nuestra católica sociedad; y en presencia de la Historia, y en presencia del mundo, una, y cien, y mil veces, repetirte que nuestra México querida,

que nuestra México feliz, que nuestra México privilegiada, siempre será, si tu protección que implora no le falta, una Nación, contra todos los obstáculos, creyente; siempre será una Nación sinceramente católica, siempre será una Nación eminentemente Guadalupana.




DISCURSO

Pronunciado por el Sr. Pbro. Dr. D. Francisco Orozco, en la Velada Literaria celebrada en conmemoración del primer aniversario de la Coronación de Nuestra Señora de Guadalupe, la noche del Sábado 31 de Octubre de 1896.

Reverendissimi Episcopi, Venerabiles Sacerdotes, Spectatissimi Viri.

De B. Virgine Guadalupense.


ERVENTISSIMA illa erga B. Virginem Guadalupensem religio ac pietas, quæ a primordiis ecclesiæ nostræ Mexicanæ in dies usque floruit, fatendum sane est, auditores amplissimi, eam nostris hisce temporibus luctuosissimis, maius incrementum, adiectis viribus, percepisse. Salutaris enim ille erga tantam Parentem ac Dominam ardor ac pietas gentis nostræ, procul dubio misericordiæ divinæ munus idem et pignus, etsi nunquam inter nos cessaverit, tamen experrec-